Stefan Zweig

El mundo de ayer

Recuerdos de un europeo

Traducción de Eduardo Gil Bera

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Die Welt von Gestern: Erinnerungen eines Europäers*

Primera edición: enero de 2023
Segunda edición: abril de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Eduardo Gil Bera, 2023
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-941-6
Depósito legal: M. 163-2025
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Prólogo
19 El mundo de la seguridad
50 La escuela en el siglo pasado
93 *Eros Matutinus*
122 *Universitas vitae*
160 París, la ciudad de la eterna juventud
199 Rodeos en el camino a mí mismo
219 Más allá de Europa
235 Luces y sombras sobre Europa
260 Las primeras horas de la guerra de 1914
286 La lucha por la fraternidad intelectual
305 En el corazón de Europa
335 Regreso a Austria
362 Volver al mundo
387 Ocaso
423 Íncipit Hitler
459 La agonía de la paz

Vayamos al encuentro
del tiempo que nos busca

SHAKESPEARE, *Cimbelino,*
Acto 4, Escena 3

Prólogo

Nunca me di tanta importancia como para encontrar seductora la perspectiva de contar mi vida a los demás. Tuvieron que pasar muchas cosas, incomparablemente más de las que se suelen deparar a una generación en forma de sucesos, catástrofes y pruebas, antes de que reuniera el valor necesario para emprender un libro cuyo protagonista o, mejor dicho, cuyo centro de atención fuera yo mismo. Nada más lejos de mi intención que aprovecharlo para ponerme en primer plano, salvo como comentarista de una proyección de diapositivas. La época suministra las imágenes y yo me limito a ponerles palabras. Pero lo que describo no es propiamente *mi* destino, sino el de toda una generación, la nuestra en particular, abrumada por la fatalidad como pocas lo han sido a lo largo de la historia. Cada uno de nosotros, incluyendo al menor y al más insignificante, ha sido trastornado en su existencia más íntima por las conmociones volcánicas casi ininterrumpidas de nuestro suelo

europeo. La única primacía que me atribuyo entre la multitud innumerable es la de haberme encontrado siempre, como austriaco, judío, escritor, humanista y pacifista, justo allá donde esas sacudidas sísmicas se manifestaron con mayor violencia. Tres veces han echado por tierra mi casa y mi existencia, me han arrancado de todo vínculo previo y de todo pasado y me han arrojado con su vehemencia dramática al vacío, a ese «no sé adónde ir» que ya es tan familiar para mí. Pero no me quejo por eso; precisamente el apátrida se vuelve libre en un nuevo sentido, y solo quien no está unido a nada tampoco está obligado a tener nada en consideración. Así que espero cumplir al menos una condición principal de cualquier descripción honrada de una época: sinceridad e imparcialidad.

Porque estoy desligado de todas las raíces y hasta de la tierra que las nutría como pocas veces se ha visto a lo largo del tiempo. Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso, la monarquía de los Habsburgo; pero no la busquen en el mapa, ha sido borrada sin dejar rastro. Crecí en Viena, la bimilenaria metrópoli internacional; y la he tenido que dejar como un criminal, antes de su degradación a ciudad provinciana alemana. Mi obra literaria ha sido reducida a cenizas en la lengua en que la compuse y en el mismo país donde mis libros habían obtenido la amistad de millones de lectores. Así que, extranjero en todas partes y huésped en el mejor de los casos, ya no soy de ningún sitio; también he perdido a Europa, la patria que había elegido mi corazón, desde que se desgarra y suicida por segunda vez en una guerra fratricida. He sido testigo, contra mi voluntad, de la más terrible derrota de la razón y el triunfo más salvaje de la brutalidad en la crónica de los tiempos. Nunca una

generación sufrió una recaída moral semejante a la nuestra desde una elevación espiritual comparable, y en modo alguno lo registro con orgullo, sino con vergüenza. En el breve intervalo que va desde que empezó a crecerme la barba hasta ahora que comienza a volverse gris, en ese medio siglo, se han sucedido más transformaciones y cambios que antes en el curso de diez generaciones, y cada uno de nosotros siente que es un tanto excesivo. Mi hoy es tan diferente de cualquiera de mis ayeres, mis ascensos y mis caídas, que a veces me parece que no he vivido una, sino varias existencias totalmente distintas. Porque muchas veces me pasa que si digo por descuido «mi vida», me pregunto automáticamente: «¿Qué vida?». ¿La de antes de la Guerra Mundial? ¿Antes de la Primera, o de la Segunda? ¿O la vida de hoy? Luego me sorprendo una vez más diciendo «mi casa», y me cuesta un rato determinar a cuál de mis antiguas casas me refiero, si a la de Bath, la de Salzburgo o la casa paterna en Viena. O bien digo «entre nosotros» y tengo que recordar con espanto que para mis compatriotas hace mucho que no soy uno de ellos, así como no lo soy para los ingleses o los americanos, allá no me queda más vínculo orgánico, y aquí nunca acabo de integrarme. Tengo la sensación de que el mundo en que crecí, el actual, y el que se encuentra entre los dos se van separando más y más, hasta convertirse en mundos totalmente diferentes. Cada vez que cuento episodios de la época anterior a la Primera Guerra en conversación con amigos más jóvenes me doy cuenta, por sus preguntas extrañadas, de cuántas cosas, que para mí denotan una realidad evidente, se han convertido para ellos en históricas o inconcebibles. Y, dentro de mí, un instinto secreto les da la razón: se han roto todos los

puentes entre nuestro hoy, nuestro ayer y nuestro antes de ayer. Yo mismo no puedo menos que asombrarme de la cantidad y variedad de cosas que hemos comprimido en el exiguo espacio de una sola existencia —por cierto, de lo más incómoda y amenazada—, en cuanto la comparo con la manera de vivir de mis antepasados. ¿Qué vieron mi padre y mi abuelo? Cada uno de ellos vivió su vida de manera uniforme. Una sola vida de principio a fin, sin ascensos ni caídas, sin conmociones ni peligros, una vida con pequeñas tensiones y transiciones imperceptibles; la ola del tiempo los llevó de la cuna a la sepultura con el mismo ritmo despacioso y tranquilo. Vivieron siempre en el mismo país, en la misma ciudad, y casi hasta en la misma casa; lo que pasaba afuera en el mundo, en realidad, solo pasaba en el periódico, y no aporreaba la puerta de su cuarto. Hubo, sí, cierta guerra en alguna parte en sus días, pero una guerra minúscula si se mide con las magnitudes actuales, y además tuvo lugar bastante más allá de las fronteras, no se oían los cañones, y al cabo de medio año ya estaba liquidada y olvidada, una hoja seca de la historia, y empezó de nuevo la misma vieja vida. En cambio, nosotros lo hemos vivido todo sin retorno, no ha quedado nada de lo anterior, nada ha vuelto; se nos ha reservado participar al máximo en lo que la historia no suele deparar más que una vez a un solo país y un solo siglo. Una generación sufría, a lo sumo, una revolución; la otra, un golpe de Estado; la tercera, una guerra; la cuarta, una hambruna; la quinta, una bancarrota estatal... y algunos países y generaciones felices ni siquiera nada de todo ello. En cambio, los que hoy tenemos sesenta años y *de iure* aún nos quedaría algo de tiempo, ¿qué no habremos visto, sufrido y vivido? Hemos escudriñado a fon-

do y de punta a cabo el catálogo de todas las catástrofes imaginables (y aún no estamos en la última página). Yo mismo he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad, e incluso las he vivido en diferentes frentes, una en el alemán y la otra en el antialemán. He conocido, antes de la guerra, el más alto grado y forma de la libertad individual, y luego su nivel más bajo desde hace siglos; he sido festejado y considerado, libre y privado de libertad, rico y pobre. Todos los caballos pálidos del Apocalipsis, la revolución y la hambruna, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración, han galopado a través de mi vida. He visto crecer y expandirse ante mis ojos a las mayores ideologías de masas, el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peste suprema del nacionalismo que ha intoxicado el florecimiento de nuestra cultura europea. He tenido que ser testigo inerme e impotente de la inimaginable recaída de la humanidad en una barbarie que se creía olvidada de largo tiempo atrás con su dogma deliberado y programático de la antihumanidad. Al cabo de siglos, una vez más nos correspondía asistir a guerras sin declaración de guerra, campos de concentración, torturas, robos masivos y bombardeos de ciudades indefensas, bestialidades todas ellas que las últimas cincuenta generaciones no habían conocido, y que ojalá las venideras ya no vuelvan a sufrir. Pero, de manera paradójica, a lo largo de la misma época en que nuestro mundo retrocedía un milenio en lo moral, también he visto a la misma humanidad elevarse en lo técnico e intelectual hasta hazañas insospechadas, superando de una zancada todo lo logrado en millones de años: la invasión del aire mediante el avión, la transmisión de la palabra terrenal en

el mismo segundo por todo el planeta y, con ello, la conquista del espacio, la desintegración del átomo, el triunfo sobre las enfermedades más perniciosas y la posibilidad casi cotidiana de cosas que ayer aún eran imposibles. Nunca hasta ahora se había portado la humanidad en su conjunto de modo tan diabólico, ni alcanzado logros tan semejantes a los divinos.

Dar testimonio de esta vida nuestra tan dramática y llena de imprevistos me parece un deber, porque, lo repito, cada cual ha sido testigo de esas transformaciones monstruosas y se ha visto obligado a serlo. Para nuestra generación, a diferencia de las anteriores, no había ninguna escapatoria ni posibilidad de hacerse a un lado. Gracias a nuestra nueva organización de la simultaneidad, estábamos siempre inmersos en la actualidad. Cuando las bombas destruían las casas en Shanghái, lo sabíamos en nuestras salas de estar europeas antes de que sacasen a los heridos de los escombros. Lo que pasaba a mil millas en ultramar nos asaltaba encarnado en imágenes. No había protección ni defensa contra el hecho de estar continuamente informado e involucrado. No había país al que huir, ni tranquilidad que se pudiese comprar. Siempre y en todas partes, nos atrapaba la mano del destino para arrastrarnos de nuevo a su juego insaciable.

Había que someterse todo el tiempo a las exigencias del Estado, sacrificarse a la política más estúpida y amoldarse a los cambios más fantásticos. Por mucho que se empeñase en resistir, se lo llevaban a uno por delante de manera irresistible. Quien pasó esa época o, mejor dicho, fue cazado y perseguido en ella (¡y qué pocas pausas para respirar hemos conocido!) ha vivido más historia que ninguno

de sus antepasados. Hoy estamos de nuevo en un momento crucial, un cierre y un nuevo principio. Así que nada tiene de impremeditado que acabe de momento esta mirada retrospectiva sobre mi vida con una fecha determinada. Porque aquel día de septiembre de 1939 terminó de una vez la época que nos formó y educó a quienes tenemos sesenta años. Pero si con nuestro testimonio transmitimos a la próxima generación siquiera un fragmento de verdad de su estructura colapsada, nuestro esfuerzo no habrá sido del todo vano.

Soy consciente de las circunstancias desfavorables, pero sumamente características de nuestra época, en las que intento dar forma a mis recuerdos. Los escribo en plena guerra, en el extranjero, y sin la menor ayuda a la memoria. En mi habitación del hotel no tengo a mano ningún ejemplar de mis libros, ningún apunte, ninguna carta de los amigos. No puedo ir a buscar información alguna, porque el correo entre países está suprimido o detenido por la censura. Vivimos tan aislados como hace siglos, antes de que se inventasen los barcos de vapor, los trenes, los aviones y el correo. Así que, de todo mi pasado, no tengo más que lo que llevo detrás de la frente. En este instante, todo lo demás es para mí inalcanzable o perdido. Pero nuestra generación ha aprendido a fondo el arte de no llorar las pérdidas, y puede que la ausencia de documentación y la falta de detalles sean incluso ventajosas para este libro. Porque no considero nuestra memoria un mero elemento que retiene *una* cosa y pierde *otra* por casualidad, sino como una fuerza que ordena a sabiendas y elimina con criterio. En realidad, todo lo que uno olvida de su propia vida ya había sido sentenciado mucho antes a ser olvidado por un instinto interior. Solo

aquello que yo mismo quiero preservar tiene derecho a ser preservado para los demás. Así que ¡hablad, recuerdos, elegid en mi lugar, y ofreced al menos un vislumbre de mi vida, antes de que se hunda en la oscuridad!

El mundo de la seguridad

Educados en el silencio, la intimidad y la calma,
nos echan de golpe al mundo;
cien mil olas nos bañan,
todo nos tienta, muchas cosas nos gustan,
otras muchas nos contrarían, y de hora en hora
oscila la leve sensación de inquietud;
sentimos y lo que hemos sentido
lo disuelve el trajín abigarrado del mundo.

GOETHE

Si pretendo dar con una fórmula práctica para definir la época de antes de la Primera Guerra Mundial en que crecí, creo ser de lo más preciso si digo que fue la edad de oro de la seguridad. En nuestra monarquía austriaca casi milenaria, todo parecía basado en la duración, y el propio Estado figuraba como el mayor garante de esa continuidad. Los derechos que concedía a sus ciudadanos estaban ratifica-

dos por el Parlamento, la libremente elegida representación del pueblo, y cada deber estaba estrictamente delimitado. Nuestra moneda, la corona austriaca, circulaba en relucientes piezas de oro y garantizaba así su invariabilidad. Cada cual sabía cuánto poseía o cuánto le correspondía, qué le estaba permitido y qué prohibido. Todo tenía su norma, su peso y medida establecidos. Quien tenía una fortuna podía calcular con exactitud su interés anual; por su parte, el funcionario y el militar encontraban con seguridad en el calendario el año de su ascenso o jubilación. Cada familia tenía su presupuesto determinado, sabía cuánto debía gastar en vivienda y comida, veraneo y representación, además guardaba concienzudamente y sin falta una pequeña suma para imprevistos, enfermedades y médicos. Quien era dueño de una casa la consideraba un hogar seguro para los hijos y los nietos, las fincas y los negocios se heredaban de generación en generación; cuando un lactante aún estaba en la cuna, se depositaba en la hucha o la caja de ahorros un primer óbolo para su camino en la vida, una pequeña «reserva» para el futuro. Todo se mantenía firme e inamovible en aquel vasto imperio y, en lo más alto, el viejo emperador, que, si se moría, era sabido (o al menos eso se creía) que vendría otro y nada cambiaría en el orden debidamente establecido. Nadie creía en las guerras, las revoluciones y las subversiones. Todo lo radical y violento parecía imposible en aquella época de la razón.

Esa sensación de seguridad era la posesión más deseable de millones, el ideal de vida común. Solo con esa seguridad se consideraba que valía la pena vivir, y círculos cada vez más amplios deseaban participar de ese bien valioso. Al principio, solo los pudientes disfrutaban de ese privilegio,

pero las grandes masas comenzaron a esforzarse por lograrlo. El siglo de la seguridad fue la edad de oro de las compañías de seguros. Se aseguraba la casa contra incendios y robos, el campo contra el pedrisco y los daños climáticos y el cuerpo contra accidentes y enfermedades; se compraban rentas vitalicias para la vejez, y a las niñas se les suscribía una póliza ya desde la cuna para su futura dote. Al final, se organizaron hasta los obreros y consiguieron un salario estable y seguro de enfermedad. El servicio doméstico ahorraba para un seguro de vejez y costeaba por adelantado un fondo de defunción para su propio funeral. Solo quien podía mirar al futuro con despreocupación gozaba con buen ánimo del presente.

En esa conmovedora confianza en poder levantar en torno a la vida una empalizada que cerrase hasta la última abertura contra cualquier irrupción del destino, pese a toda la respetabilidad y discreción de tal concepto de vida, se escondía una soberbia desmesurada y peligrosa. En su idealismo liberal, el siglo XIX estaba de buena fe convencido de encontrarse en el camino recto e infalible al «mejor de los mundos». Se miraba con desprecio y un sentimiento de superioridad a las épocas anteriores con sus guerras, hambrunas y revueltas, como un tiempo en que la humanidad aún no había alcanzado el uso de razón ni estaba lo bastante ilustrada. Ahora, en cambio, la superación definitiva de la última maldad y violencia solo era cuestión de décadas, y esa fe en el «progreso» ininterrumpido e imparable tenía en verdad para aquella época la fuerza de una religión. Se creía en ese «progreso» más que en la Biblia, y su evangelio parecía probado de manera indiscutible por los nuevos milagros cotidianos de la ciencia y la técnica. De

hecho, al final de aquel siglo pacífico, un avance generalizado se iba haciendo cada vez más visible, rápido y múltiple. En las calles nocturnas, en lugar de las bujías turbias, alumbraban las lámparas eléctricas, las tiendas llevaban su brillo seductor de las calles principales a los suburbios, la gente ya podía hablar entre sí en la distancia por teléfono, se deslizaba en coches sin caballos a una nueva velocidad y volaba por los aires cumpliendo el sueño de Ícaro. El confort salía de las casas nobles para entrar en las burguesas, ya no había que sacar agua del pozo o el canal, ni encender penosamente el fuego en el hogar, se extendía la higiene, desaparecía la suciedad. La gente se volvía más bella, fuerte y sana desde que el deporte les templaba los cuerpos, en las calles se veían cada vez menos raquíticos, bocios y mutilados, y todos esos milagros habían sido obra de la ciencia, ese arcángel del progreso. También se avanzaba en lo social, cada año se concedían nuevos derechos al individuo, la justicia procedía con más delicadeza y humanidad, y hasta el problema de los problemas, la pobreza de las grandes masas, ya no parecía insuperable. Se otorgaba el derecho de voto a círculos cada vez más amplios y, con ello, la posibilidad de defender legalmente sus intereses. Los sociólogos y profesores rivalizaban en diseñar para el proletariado un nivel de vida más sano y hasta más feliz. ¿Qué más natural entonces que aquella época se recreara en sus propios avances, y viera en cada década finalizada una mera etapa previa a una mejor? Se creía tan poco en recaídas en la barbarie o en la posibilidad de guerras entre los pueblos de Europa como en brujas y fantasmas. Nuestros padres estaban firmemente imbuidos de la confianza en la fuerza infalible y vinculante de la tolerancia y la conciliación. Creían

de buena fe que las fronteras de las divergencias entre las naciones y confesiones se disolverían en un humanismo común, y así los bienes supremos de la paz y la seguridad serían concedidos a la humanidad.

Para nosotros, que hemos borrado del vocabulario la palabra «seguridad» como un fantasma, es fácil sonreír ante el delirio optimista de aquella generación cegada por el idealismo de que al progreso técnico de la humanidad debía seguir incondicionalmente un igualmente rápido ascenso moral. Nosotros, que ya hemos aprendido en el nuevo siglo a no sorprendernos ante cualquier nuevo brote de bestialidad colectiva, nosotros, que esperábamos de cada día una infamia mayor que la del día anterior, somos mucho más escépticos respecto a la posibilidad de educar moralmente a los hombres. Tuvimos que dar la razón a Freud cuando vio en nuestra cultura y nuestra civilización apenas una fina capa que puede ser atravesada en cualquier momento por las fuerzas destructivas del infierno; tuvimos que irnos acostumbrando a vivir sin tierra firme bajo nuestros pies, sin derecho, sin libertad y sin seguridad. En lo tocante a nuestra propia existencia, ya hace mucho que renegamos de la religión de nuestros padres y su fe en un progreso rápido y duradero de la humanidad. A nosotros, cruelmente ilustrados, nos parece banal aquel optimismo precipitado frente a una catástrofe que, de un solo golpe, nos ha hecho retroceder mil años de esfuerzos humanos. Pero, aunque nuestros padres se pusieron al servicio de una mera ilusión, no dejaba de ser una ilusión maravillosa y noble, más humana y fecunda que las consignas actuales. Y hay algo en mí que, de modo misterioso, y pese a todos los conocimientos y desengaños, no puede desprenderse

totalmente de ella. Lo que uno ha respirado en su niñez de la atmósfera de su época e incorporado a su sangre permanece como algo irrenunciable. Y a pesar de lo que cada día resuena en mis oídos, y de lo que yo mismo e incontables compañeros de destino hemos padecido en humillaciones y pruebas, no puedo renegar totalmente de mi fe juvenil en que de nuevo prosperaremos a pesar de todo. Incluso desde el abismo del horror en que andamos a tientas medio ciegos y con el alma trastornada y quebrantada, sigo levantando la vista hacia aquellas viejas constelaciones que brillaban sobre mi niñez, y me consuelo con la confianza heredada de que esta recaída será vista un día como un mero intervalo en el ritmo eterno que va siempre adelante.

Hoy, cuando aquel mundo de seguridad hace tiempo que fue arrasado por la gran tormenta, sabemos de una vez por todas que era un castillo de naipes. Con todo, mis padres vivieron en él como si fuera una casa de piedra. Nunca irrumpió en su existencia cálida y acogedora ninguna tempestad ni corriente de aire, y es que disponían de una protección especial contra el viento, era gente pudiente que se hizo rica e incluso muy rica, y eso, en aquella época, era un aislante seguro de muros y ventanas. Su manera de vivir me parece tan típica de la llamada «buena burguesía judía» —aquella que prestó a la cultura vienesa valores tan esenciales y que, en agradecimiento, fue exterminada totalmente— que, con el informe sobre su existencia sosegada y silenciosa, en realidad cuento algo impersonal: diez o veinte mil familias en Viena vivieron como mis padres en aquel siglo de los valores asegurados.

La familia de mi padre procedía de Moravia. En pequeñas aldeas rurales, las comunidades judías vivían en la me-

jor armonía con el campesinado y la pequeña burguesía, de ahí que les faltasen el desánimo y la impaciencia cortésmente impulsiva de los galicianos, los judíos orientales. Fuertes y robustecidos por la vida campestre, seguían su camino seguros y tranquilos como los campesinos de su tierra por los campos labrados. Emancipados tempranamente de la ortodoxia religiosa, eran apasionados partidarios del «progreso», la religión de la época, y situaron en el Parlamento a los diputados más respetados. Si se mudaban de su tierra a Viena, se adaptaban con una celeridad asombrosa a la esfera cultural superior y su ascenso personal se vinculaba orgánicamente con el despegue general de la época. También en esa forma de transición, nuestra familia era típica por completo. Mi abuelo paterno había vendido productos manufacturados. Luego, en la segunda mitad del siglo, empezó en Austria la economía industrial. Los telares y máquinas hiladoras que se importaban de Inglaterra trajeron mediante la racionalización del proceso un abaratamiento abismal frente al anticuado tejido a mano, y con sus dotes de observación comercial y su visión internacional, los comerciantes judíos fueron los primeros en reconocer en Austria la necesidad y rentabilidad de una conversión de la producción industrial. Fundaron con un capital a menudo exiguo aquellas fábricas improvisadas sobre la marcha, que al principio funcionaban solo con energía hidráulica, y que se fueron ampliando hasta convertirse en la poderosa industria textil bohemia que impera en toda Austria y los Balcanes. De modo que mientras que mi abuelo, como representante típico de la época anterior, se dedicó solo a intermediar productos manufacturados, mi padre se adentró decidido en la nueva era, fundando a los treinta y tres años